



Un sermón sobre 9.1-27:

ORACIÓN RESPONDIDA

INTRODUCCIÓN

El capítulo 9 se sale de lo corriente; tenemos que prepararnos para él. La primera parte es fácil de entender, pero cuando estemos en el versículo 24, habremos llegado tal vez al pasaje más difícil del libro de Daniel. No obstante, si usamos sanas reglas de interpretación, podremos ver el significado básico de todo el capítulo.

Otro centro de interés de este capítulo es el perfil de un hombre de Dios que ora. Usemos para comentarlo el marco sugerido por las preguntas: ¿quién oró?, ¿qué oró?, y ¿qué respuesta recibió la oración?

EL HOMBRE

La oración es uno de los grandes privilegios que tiene el siervo de Dios. No obstante, debemos recordar que ella debe tener su origen en una vida recta. Preste especial atención al hombre en quien se originó la oración que se recoge en este capítulo.

El capítulo comienza con las siguientes palabras: «En el año primero de Darío hijo de Asuero, de la nación de los medos...». Esta aseveración debe de referirse a Darío de Media, que se menciona en 5.31. Este versículo dice que él «vino a ser rey sobre el reino de los caldeos».

El primer problema que se nos presenta es que no hemos podido averiguar quién era este Darío de Media. El versículo 1 lo llama hijo de Asuero. Hay un Asuero que se menciona en la Biblia, pero lo cierto es que no se trataba del padre de este rey, sino de Jerjes, el esposo de Ester (Ester 2.16-17).

Había un rey llamado Darío el Grande. El primer rey importante del Imperio Medo-persa fue Ciro, quien fue sucedido por Darío, y luego vino Jerjes, el que la mayoría de la gente considera que era el Asuero de Ester. Hay indicios de que Asuero era un nombre común en los tiempos de Daniel, y de que uno de los primeros reyes de los

medos se llamaba Asuero, o de que al menos tenía un nombre muy parecido a este. Lo más probable es que el hombre del versículo 1 sea otro Asuero. Esta cuestión no debería ser un gran problema.

En el año primero del reinado de este rey, Daniel «[miró] atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años» (vers.º 2).

Hay dos pasajes del libro de Jeremías que nos dicen que el cautiverio en Babilonia duraría setenta años: 25.11-12 y 29.10. Esto fue lo que Jeremías dijo al pueblo de Judá:

Toda esta tierra será puesta en ruinas y en espanto; y servirán estas naciones al rey de Babilonia setenta años. Y cuando sean cumplidos los setenta años, castigaré al rey de Babilonia y a aquella nación por su maldad, ha dicho Jehová, y a la tierra de los caldeos; y la convertiré en desiertos para siempre (25.11-12).

Este pasaje bien podría ser la porción de las Escrituras que Daniel estaba leyendo. Le habría dicho que el cautiverio había de durar setenta años. Si no era esta aseveración la que Daniel estaba leyendo, entonces debió de haber sido 29.10, que dice: «Porque así dijo Jehová: Cuando en Babilonia se cumplan los setenta años, yo os visitaré, y despertaré sobre vosotros mi buena palabra, para haceros volver a este lugar». Fuera este o el otro pasaje, lo cierto es que no había duda acerca del tiempo que duraría el cautiverio. Jeremías dijo que había de terminar al cumplirse setenta años.

En Babilonia había falsos profetas, los cuales estaban diciendo a los cautivos que estarían volviendo a casa en cualquier momento. Pero Jeremías les decía que no era cierto, que iban a estar en Babilonia por largo tiempo, que se establecieran, construyeran casa y plantaran huertos. En otras

palabras, les dijo que se acomodaran como en casa (Jeremías 29.4–9). Pasó después a decir que Dios restauraría algún día las fortunas de ellos, pero que no iban a estar volviendo a casa pronto. No quería crearles falsas esperanzas.

Antes de volver al libro de Daniel, echemos una mirada a 2º Crónicas 36.22:

Mas al primer año de Ciro rey de los persas, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, Jehová despertó el espíritu de Ciro rey de los persas, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito, por todo su reino, diciendo: Así dice Ciro, rey de los persas: Jehová, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra; y él me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de todo su pueblo, sea Jehová su Dios con él, y suba.

Jeremías fue el que hizo esta aseveración. Él dijo que el Señor movería el espíritu de Ciro rey de Persia para que pregonara un edicto y lo enviara por todo el reino, diciéndole a todo el pueblo de Dios que podían volver a casa. Esdras 1.1–3 confirma lo anterior:

En el primer año de Ciro rey de Persia, para que se cumpliese la palabra de Jehová por boca de Jeremías, despertó Jehová el espíritu de Ciro rey de Persia, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito por todo su reino, diciendo:

Así ha dicho Ciro rey de Persia: Jehová el Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien haya entre vosotros de su pueblo, sea Dios con él, y suba a Jerusalén que está en Judá, y edifique la casa a Jehová Dios de Israel (él es el Dios), la cual está en Jerusalén.

Jeremías no solo anunció que la duración del exilio sería de setenta años, sino que también profetizó que Ciro dejaría al pueblo volver a casa y reedificar sus ciudades.

El exilio había de durar setenta años, pero ¿cómo había de calcularse este tiempo? Hay dos maneras diferentes de calcular los setenta años del cautiverio. Podemos contar a partir de la primera deportación —la primera vez que hubo judíos siendo llevados a Babilonia— hasta el primer retorno a Judá. Los primeros cautivos fueron llevados de Judá a Babilonia en el 606 a. C., y los primeros judíos que volvieron a casa, lo hicieron en el 536 a. C. En el 606 a. C., Daniel, Sadrac, Mesac y Abed-nego fueron a Babilonia; y en el 536 a. C., Ciro permitió al pueblo volver a casa. Esto da un total de setenta años. La otra manera de calcularlo

toma en cuenta la destrucción del templo de Jerusalén, el cual quemó Nabucodonosor en el 586 a. C., siendo reconstruido un segundo templo que fue terminado en el 516. Esto da nuevamente un total de setenta años. Los cálculos matemáticos funcionan de uno y otro modo; sin embargo, Jeremías parece haber sido el único que anunció que el cautiverio duraría setenta años.

Es probable que haya sido de Jeremías 25.11–12, que Daniel estuviera hablando en 9.2, cuando dijo que «[miró] atentamente en los libros el número de los años de que habló Jehová al profeta Jeremías, que habían de cumplirse las desolaciones de Jerusalén en setenta años». Aparentemente se daba cuenta de que estaban a punto de cumplirse esos setenta años. Estaba deseoso de volver a casa, y tenía la esperanza de que Dios estuviera dispuesto a dejar que el pueblo volviera a Judá y reconstruyera el templo del Señor.

El hombre que estaba pidiendo en oración por el retorno de Judá, era un hombre que se preocupaba por los asuntos de Dios. Anhelaba que el pueblo de Dios fuera libre y que Jerusalén se restaurara.

LA ORACIÓN

En segundo lugar, tenemos la oración que Daniel dijo. ¡Qué oración!

Hemos visto en el capítulo 6 que Daniel era un hombre de oración. Ahora lo vemos orando acerca de su deseo de que el pueblo de Judá vuelva a su patria:

Y volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza. Y oré a Jehová mi Dios e hice confesión diciendo: Ahora, Señor, Dios grande, digno de ser temido, que guardas el pacto y la misericordia con los que te aman y guardan tus mandamientos; hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas (vers.^{os} 3–5).

Esta hermosa oración continúa hasta el versículo 19. Daniel se acercó a Dios con ayuno, cilicio y ceniza. Fue sincero al decir lo que dijo a Dios. Estaba confesando el pecado de su pueblo, y el hecho de que este no obedeció los mandamientos de Dios. Daniel estaba rogando a Dios por los cautivos de Judá.

El versículo 13 contiene una referencia a la ley de Moisés. Levítico 26 y Deuteronomio 28 son capítulos extensos que dicen cómo serían bendecidos los israelitas si servían a Dios, y lo que sucedería al pueblo si se apartaban de Él. Moisés repasó una y otra vez estos textos describiendo

todos los males que Dios traería sobre ellos si no guardaban el pacto que había hecho con ellos. Es muy probable que Daniel se estuviera refiriendo a los anteriores pasajes cuando dijo: «Conforme está escrito en la ley de Moisés...».

Esto es lo que, en efecto, estaba diciendo Daniel: «Se ha cumplido exactamente lo que el Señor dijo que sucedería si pecábamos. Pecamos, y todas las maldiciones que Dios anunció, se nos han cumplido». Su oración era una oración de confesión de pecado, un ruego en el que pedía misericordia y perdón para restaurarle al pueblo de Dios sus fortunas. Una vez más, le estaba pidiendo a Dios que bendijera a Su pueblo.

En los versículos 20 y 21, leemos una respuesta positiva dada por Dios. Esto fue lo que dijo Daniel:

Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo¹ de mi Dios; aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde.

Daniel, el gran varón de Dios, rogó por la conclusión del cautiverio en Babilonia. Confesó sus pecados y los pecados de su pueblo.

LA RESPUESTA

La oración de Daniel fue respondida. ¡Qué hermosa respuesta la que recibió! Dios envió a un ángel para decirle cuál sería la respuesta. Es como si Dios le dijera a Daniel que no solo iba a concederle lo que pedía, sino que iba darle mucho más: que le iba a mostrar lo que había de suceder a su pueblo en un lejano futuro.

Mientras Daniel aún oraba, Gabriel volvió a este. La palabra «Gabriel» significa «poderoso varón de Dios». *Gabri* es la palabra que se usa para guerrero, varón poderoso o héroe; *El* es la palabra para «Dios». A Gabriel se le describió como un poderoso varón de Dios. Fue el mensajero de Dios que anunció a María que ella había de tener un Niño, al cual había de llamar «Jesús» (1.26–31). Daniel se refirió a Gabriel como un hombre; por supuesto, entendemos que era más que hombre, y que parecía hombre.

Gabriel se apareció a Daniel como a la hora del sacrificio de la tarde. Anteriormente comentamos los sacrificios de la tarde y de la mañana, porque se habían dejado de hacer dos mil trescientos de ellos

durante el tiempo de Antíoco. El sacrificio de la mañana se hacía cerca de las nueve, y el de la tarde cerca de las tres. Estas dos horas, las nueve y las tres, llegaron a ser horas de oración. En Hechos 3.1, se recoge el momento en que Pedro y Juan fueron al templo a «la hora novena», la de la oración. En Hechos 10.3, se relata que cuando Cornelio oraba en su casa a la «hora novena», un ángel le visitó (vea también Hechos 10.30). El sacrificio de la tarde se ofrecía a la «hora novena», que era a las tres de la tarde. Este fue el momento en que Gabriel apareció a Daniel.

¿Qué dijo Gabriel?

Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión (vers.ºs 22–23).

Básicamente, esto fue lo que Gabriel dijo a Daniel: «¡Presta atención, porque el Señor oyó tu oración desde que comenzaste, y Él está a punto de darte un importante mensaje!». He aquí el mensaje:

Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos. Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones. Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador (vers.ºs 24–27).

Este pasaje acerca de las setenta semanas es difícil de entender. Parte del problema para entender el pasaje, me parece, reside en la tendencia a tratar de hacer que los números se apliquen muy literalmente.

«Mesías Príncipe» se identifica por lo general con Cristo. Transcurrirían dos períodos de tiempo: uno de siete semanas y otro de sesenta y dos semanas —un total de sesenta y nueve semanas— para que el Mesías príncipe viniera. Durante este tiempo, se volvería a edificar la ciudad con plaza y

¹ El «monte santo» del versículo 16 es una referencia a Jerusalén.

muro aun en tiempos angustiosos (vers.º 25).

El versículo 26a dice: «... después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí». Lo más probable es que esta sea una referencia a la muerte de Cristo, esto es, la crucifixión. Después, leemos que la ciudad sería destruida nuevamente (vers.º 26b). Al estudiar el resto de este pasaje, vamos a abarcarlo de adelante para atrás. Si podemos entender el versículo 27 e identificar quién era el que había de venir con la muchedumbre de las abominaciones como desolador, entonces tendremos un punto fijo, con el cual contar.

¿Quién destruyó el templo? ¿Quién destruyó Jerusalén inmediatamente después que vino el Mesías? Fue Tito, cerca del año 70 d. C. Aquí, en Daniel 9.27, tenemos una referencia a la «abominación desoladora» de la cual habló Jesús en Mateo 24.15.²

Al razonar en retrospectiva, podemos tener bastante seguridad de que Daniel 9.26 se refiere a la destrucción de Jerusalén. El templo fue destruido en el 586 a. C. por Nabucodonosor, pero había de reconstruirse; y el templo reconstruido duraría hasta el fin de la semana setenta, cuando viniera la abominación desoladora (en el 70 d. C.).

Ahora que sabemos de qué estamos hablando, retrocedamos a los versículos 20 al 23:

Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y derramaba mi ruego delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios; aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, vino a mí como a la hora del sacrificio de la tarde. Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento. Al principio de tus ruegos fue dada la orden, y yo he venido para enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la orden, y entiende la visión.

El ángel Gabriel vino a Daniel cuando este aún oraba, en un momento de «extremo desgaste como a la hora del sacrificio de la tarde» (vers.º 21; NASB). El ángel le habló a Daniel y le enseñó con el fin de darle «sabiduría y entendimiento» (vers.º 22). Le aseguró a Daniel que al principio de sus ruegos, Dios lo había oído y había empezado a actuar (vers.º 23).

Después tenemos la interpretación de la visión, pero nosotros no contamos con todo el beneficio de

² Vea el artículo «La abominación desoladora» en la página 5.

la sabiduría y del entendimiento que Dios concedió a Daniel. Los versículos 24 al 27 presentan uno de los pasajes más difíciles y problemáticos de la Biblia. Podemos entender la idea general, pero tenemos problemas cuando tratamos de aplicar los versículos de forma muy concreta. Echemos una nueva mirada a la profecía de las setenta semanas:

Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu santa ciudad, para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable, y sellar la visión y la profecía, y ungir al Santo de los santos (vers.º 24).

Es obvio que la «santa ciudad» es Jerusalén. No deberíamos tener duda acerca de esta. Ahora, ¿qué iba a suceder pasadas setenta semanas? Este evento había de ser la consumación de estas profecías, al poner fin al pecado, expiar la iniquidad y traer la justicia perdurable. Estas son bendiciones que solo podía realizar el Mesías.

En el versículo 25, Gabriel le habló a Daniel acerca de la venida del Mesías, así como de la

El templo de Jerusalén

Fueron tres templos los que se construyeron en la historia del pueblo judío. El primero fue el que construyó Salomón cerca del 960 a. C., y que fue destruido por Nabucodonosor en el 586 a. C. El segundo templo fue el que reconstruyó Zorobabel en el 516 a. C., tal como se describe en el libro de Esdras. Ya era antiguo unos 470 años después, cuando Herodes comenzó a construir uno nuevo. Así, al tercer templo se le llamó templo de Herodes. Al haberse comenzado a construir en el 19 a. C., era el templo que estaba en pie para el tiempo de Jesús. Era un hermoso edificio. La amarga ironía fue que los judíos no terminaron de construir el templo sino hasta unos dos o tres años antes que fuera destruido otra vez, a finales de los 60 d. C. Después, cerca del 70 d. C., vino el ejército romano. Los romanos hicieron más estrecho el cerco del sitio impuesto hasta que, en el 70 d. C., se rompió el muro y Jerusalén fue destruida. La ciudad fue incendiada, y el templo fue consumido hasta sus cimientos. Jamás se volvió a construir otro templo en ese sitio. Hoy día el sitio donde alguna vez se levantó el templo está ocupado por el Domo de la Roca, una mezquita musulmana.

reconstrucción del templo:

Sabe, pues, y entiende, que desde la salida de la orden para restaurar y edificar a Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, habrá siete semanas, y sesenta y dos semanas; se volverá a edificar la plaza y el muro en tiempos angustiosos.

Desde el momento en que se publicaba el decreto de reconstruir la ciudad, hasta la venida del Mesías,

habría siete semanas y sesenta y dos semanas. Este es un total de sesenta y nueve. ¿Qué habría de ocurrir entonces?

Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías, mas no por sí; y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será con inundación, y hasta el fin de la guerra durarán las devastaciones (vers.º 26).

La «Abominación desoladora» de Daniel 9.27 y Mateo 24.15–21

En Mateo 24, Jesús estaba hablando acerca de la destrucción del templo. Refiriéndose a Tito y al ejército romano, esto fue lo que dijo: «Por tanto, cuando veáis en el lugar santo *la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel* [...] los que estén en Judea, huyan a los montes» (vers.ºs 15, 16; énfasis nuestro). Cuando estaban en el monte de los Olivos, los discípulos hablaron con Jesús acerca de los edificios del templo (vers.º 1). Jesús les dijo que vendría el día cuando no quedaría «piedra sobre piedra» (vers.º 2).

Los discípulos querían que Jesús les dijera cuándo sucedería esto, que les diera alguna señal que les advirtiera de los eventos que estaba describiendo. Querían saber cuándo sería destruido el templo. Este fue el momento cuando, en Mateo 24.15, mencionó la «abominación desoladora de que habló el profeta Daniel».

¿Qué es la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel? Es la escena de «completa destrucción» que se describe en Daniel 9.27 (NASB). La abominación desoladora es obviamente una referencia a la destrucción del templo en el año 70 d. C. Ese día, el Señor dijo que los que estuvieran en Judea debían huir a los montes. Esto fue lo que, en efecto, dijo: «Si usted está sobre el terrado, no descienda a empacar sus pertenencias; si está en el campo, no vuelva atrás a recoger sus ropas. Salga tan rápidamente como pueda» (vea Mateo 24.17, 18). Siguió diciéndoles a Sus discípulos: «Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno ni en día de reposo» (vers.º 20), porque viajar sería más difícil durante el tiempo frío o los meses húmedos. Los judíos no debían trabajar ni viajar en el día de reposo; si eran obligados a hacerlo, no tendrían manera de comprar alimentos ni otras provisiones. Jesús les advirtió acerca de una «gran tribulación» —cual no la había habido desde el principio del mundo, ni volvería a haberla (Mateo 24.21). Estaba hablando del sitio que los romanos impondrían sobre Jerusalén.

En los evangelios de Marcos y de Lucas se encuentran pasajes paralelos al anterior. En Marcos 13.14 dice: «Pero cuando veáis la abominación desoladora [...] puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes».

Echemos ahora una mirada a Lucas 21. En este pasaje, Jesús no usó la frase «abominación desoladora», pero sí la explicó. En los versículos 20 y 21, dijo: «Pero cuando viereis a Jerusalén rodeada de ejércitos, sabed entonces que su destrucción ha llegado. Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes...».

Jerusalén fue rodeada de ejércitos en el 70 d. C. —fue rodeada de soldados romanos. Eusebio, un historiador de la iglesia que vivió cerca del 300 d. C., recoge un interesante relato. Él dice que hubo un período cuando se levantó temporalmente el sitio sobre Jerusalén. Esto se debió a que el emperador Vitelio había sido asesinado, y Vespasiano, el general a cargo de la destrucción de Jerusalén fue llamado por el Senado Romano para que sucediera a Vitelio en el cargo de emperador. Cuando Vespasiano salió, su hijo Tito fue ascendido a general a cargo del sitio. Durante el traspaso de mando, hubo un levantamiento temporal del sitio. Los cristianos, confiando en las palabras de Jesús, aprovecharon esta oportunidad para huir de Jerusalén, pasando al otro lado del Río Jordán, para llegar a la ciudad de Pella. Fue de este modo que escaparon de la horrible destrucción. Según Eusebio, ni un solo cristiano fue herido durante el sitio; ninguno pereció.

Neale Pryor

La expresión «quitar la vida» en relación con el Mesías, es sin duda una referencia a la crucifixión. Después que al Mesías se le quitara la vida, Jerusalén y el santuario, esto es, el templo, serían destruidos nuevamente. El versículo 26 insinúa una gran guerra y una gran destrucción de la ciudad.

Vemos, por lo tanto, que la ciudad y el templo iban a ser reconstruidos, pero también vemos que iban a ser destruidos otra vez. Desde el momento en que se publicó el edicto para reconstruir el templo, hasta el momento en que este fuera destruido para siempre, transcurrirían setenta semanas.

Al final, esto es lo que leemos:

Y por otra semana confirmará el pacto con muchos; a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda. Después con la muchedumbre de las abominaciones vendrá el desolador, hasta que venga la consumación, y lo que está determinado se derrame sobre el desolador (vers.º 27).

El que había de confirmar el pacto con muchos, es probablemente el que destruiría. Haría cesar «el sacrificio y la ofrenda»; cesaría todo acto de adoración dentro del templo. Al final de las setenta semanas vendría la abominación desoladora.

Esto es lo que dice Edward J. Young dice acerca del «desolador»:

El *desolador* no es Tito, es decir, uno que es desolado, sino que es impersonal, lo que es desolado, esto es, las ruinas del templo y de la ciudad [...] Así, en vista de que el Mesías hizo que cesara el sacrificio y la ofrenda, viene un desolador sobre el templo, y la devastación continúa hasta que una total y plena consumación se derrama sobre la desolación.³

³ Edward J. Young, *The Prophecy of Daniel: A Commentary (La profecía de Daniel: Un comentario)* (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1949), 219.

CONCLUSIÓN

El capítulo 9 sobresale como uno de los más extraños de la Biblia. No solamente hemos visto el significado básico de él, sino que también hemos aprendido una valiosa lección de oración.

El capítulo gira en torno a una oración. Fue dicha por un hombre que estaba interesado en la Palabra de Dios y en el pueblo de Dios. Esta verdad nos debe recordar que la oración debe emanar de un corazón recto y sincero. La oración en sí incluía alabanza, confesión y una justa petición. Dios respondió esta oración, como responde todas las oraciones que guardan armonía con sus leyes espirituales. La respuesta que dio Dios revela cuán misericordioso es Él. No solo le concedió a Daniel la respuesta que había pedido, sino que también le dio a Daniel un asombroso vislumbre del futuro.

Cerciorémonos de que somos la clase correcta de personas, que eleva a Dios las oraciones que son debidas. Entonces podremos estar seguros de que Dios las responderá de una manera misericordiosa.

Neale Pryor

El sacrificio de la hora novena

Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lame sabactani? que traducido es : Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? [...] Mas Jesús, dando una gran voz, expiró. Entonces el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Y el centurión que estaba frente a él, viendo que después de clamar había expirado así, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios (Marcos 15.34-39).

Nuestro Señor, al llevar sobre sí los pecados del mundo (Isaías 53.12), murió a la hora novena, la hora del sacrificio de la tarde. Al hacer así, «[ofreció] una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados» (Hebreos 10.12).